

LOS RELATOS DE TORPEDO

T O R P E D O

en

LA GALLETA

Según se sale de Nueva York, a mano derecha y a poco trecho hay un pueblecito de nombre W... Nada, cuatro casas, telégrafos, el drug-store, una barbería, la cárcel (toco madera), el saloon y una calle con polvo en verano y barro en invierno.

El saloon está regentado por una tal María Rosales, que dice ser mejicana y mujer. Poco tiene de hembra esta escoba con faldas. La aridez del desierto personificada. Ojos duros que no miran al mundo: lo juzgan. Nariz que te aniquila o que te aquilina, según se mire. Boca que no practica la sonrisa, sino la mordedura. El cuerpo seco de un cactus, mezcla de huesos envueltos en pergamino. Ojos achinados, que le habían valido el nombre de "La Fujiyama".

Por culo tiene una especie de silla de montar, cuadriculada. Por piernas, dos palos de golf. En vez de pecho, despecho. Fresca, sí, pero sin frescura. Más que hembra, hombre. Más que fábula, fámula. Más que deleite, delito. Más que imponente, impotente. Pero eso sí, un moño en todo lo alto, sujeto con horquillas. Un moño en technicolor.

Algún encanto debía tener aquel moño, que traía por la calle de la amargura a más de un camionero. Y no sólo hacía tilín a los correccaminos. Williams Vogel, Andy para los amigos, sheriff de W..., andaba coladito por la marimacho. Era la comidilla del pueblo aquel flirteo entre el gordinflón y la estaca.

Y hablando de Andy, tengo que decir unas cuantas cosas: que lo suyo era comer, goloso perdido el tío, un gourmet que dicen los finolis, un tragaldabas. Ciento veinte kilos que me pesaba. Todos los días, a la misma hora, Andy

iba al saloon a ponerse las botas y a tirar los tejos a la maritornes. Todos los días, la mole de carne que se proyectaba en todas direcciones, se desplazaba hasta el tugurio de la Rosales. Y claro, el día aquel de la canícula, que el sol caía a plomo, Andy no faltó a la cita. Primero oímos crujir la madera del porche. Con 120 kilos, gramo más gramo menos, era para crujir.

El rollizo empujó los batientes y entró sonriendo. Iba embutido en su uniforme de polizone, que amenazaba con reventar. Sudaba hasta por la chapa. Mofletudo a ultranza, un barril por barriga, seboso de aquí te espero. La papada dilatando el cuello.

Al penetrar en el saloon, apenas nos dedicó una mirada. Ya se le iban las pupilas tras la mejicana.

--Buenas...

"Fujiyama" ni se tomó la molestia de responder al saludo. Hubiera prestado más atención al zumbido de una mosca verde.

Pero Andy no se desanimó. Acercó su peso al mostrador y obsequió a la ingrata con una sonrisa perlada de sudor.

--¿Qué va a ser?

Voz tan áspera hubiera descorazonado a más de uno, pero Andy era, por lo menos, dos.

--Un tentempié, cariño.

Cariño le fusiló con la mirada oriental.

--Te tengo dicho que no me llames así. ¿Qué te pongo?

Andy seguía sonriendo, hecho ya a aquel castigo. La déspota lo mantenía a distancia con el látigo de su lengua.

--Huevos con jamón y tocino, zumo de frutas, tostadas con mermelada, corn flakes, café bien cargado y...

--¿Y qué más? --rugió "La Fujiyama".

Andy se pasó la lengua por los labios resecos.

--Y unas galletas, *honey*.

Ella respondió con un bufido y le dio la espalda para meterse en la cocina. A continuación, Andy emprendió la hazaña de encaramarse al taburete. Lo tenía estudiado. Primero se ponía de puntillas y arrimaba uno de los carrillos del trasero al asiento, y luego se impulsaba con los pies, al tiempo que se aferraba al mostrador con ambas manos para conservar el equilibrio. Al afianzar las nalgas en el asiento, resoplaba, ufano, pero rendido por el esfuerzo.

Lograda la proeza se volvió hacia nosotros.

--¿Forasteros?

--De paso –contesté.

--Calor, ¿eh?

--Calor, sí.

Al rato regreso "Fujiyama". En la bandeja, el tentempié. Andy se pasó la lengua por los labios, relamiéndose por anticipado. Cuando ella depositó las viandas a su alcance, el gordo se las arregló para rozarle una muñeca. Otros, más escrupulosos, hubieran apartado la mano, pero el rollizo se estremeció de gusto.

Cuando la pécora volvió a darle esquinazo para trajinar con los vasos, el sheriff dedicó toda su atención a las vituallas. Yo le observaba con el rabillo del ojo, y Rascal, con la boca abierta por el asombro.

Andy no paladeaba la comida: la devoraba, llevado por un frenesí. Era de esos que se chupan los dedos pringosos, que los succionan con un silbido. Las tragaderas aquellas no perdonaban nada. Los huevos, el jamón y el tocino, los primeros en desaparecer en las fauces. El zumo de frutas, de un solo trago. Las tostadas con mermelada siguieron la misma suerte. Una pizca de mermelada que se desprendió fue capturada al vuelo y engullida sin contemplaciones. Los corn flakes, triturados en cadena. El café sirvió para empujarlos adentro. Y las galletas...

Lo de las galletas tuvo su miga. En un principio empezaron a caer de dos en dos, hasta que al final, sobre la bandeja ya vacía, sólo quedó una. Y

entonces se presentó la pega. Los rollizos dedos de Andy no acertaban a cogerla. Una y otra vez, la galleta se le escurría, escapándosele, dando brincos, como si estuviera viva. Y cuanto más resistencia oponía la galleta, más terco se ponía el gordo en su afán por capturarla. Hubo un momento dramático en que pareció haberla pillado, pero la maligna supo escabullirse una vez más, saltando de la bandeja a la superficie del mostrador. Allí prosiguió la persecución, a trompicones. La galleta burlaba los dedos sudorosos de Andy, como si fuera la cosa más natural del mundo. Rascal y yo estábamos pendiente de la pugna.

De improviso se acercó la Rosales, y Andy abandonó el forcejeo. El gordo le puso ojos tiernos, le pagó el importe del tentempié y en un arranque de valor hizo ademán de meterle mano al moño. "La Fuji" apartó la cabeza con un mohín de disgusto.

--Te tengo dicho que no me pongas las manos encima.

El sufrido Andy no se acoquinó por tan poco cosa.

--¿Cuándo te vas a casar conmigo, ricura?

--Cuando las ranas críen pelo –gruñó Ricura.

--Hay ranas peludas –bromeó el relleno.

--Y gordos cornudos –replicó la Rosales.

Andy se volvió hacia nosotros, sonriendo, como para disculparla.

--Mujeres, je, je.

--Je, je –coreamos, para quedar bien.

Andy observaba a hurtadillas la galleta descarriada, pero la mirada pétrea de "Fujiyama" le tenía amedrentado. De no ser por ella, se habría arrojado sobre la galleta sin manías, pero ella estaba allí, fulminándole con las ranuras orientales que tenía por ojos.

--Es hora de seguir la ronda –dijo Andy, intentando congraciarse con el moño aquel.

--¿Y a qué esperas? –ladró ella, con los brazos en jarras, a lo ánfora.

Después de aquello, hasta un optimista como Andy tenía que emprender la retirada. Le vimos iniciar "el descenso". También eso lo tenía estudiado. Un artista, el Andy. Se dejaba escurrir hasta el borde del asiento y luego daba un saltito, ¡hop!, y aterrizaba, conmoviendo los cimientos. Un acróbata el tío. Un atleta, un saltimbanqui.

Antes de marcharse dedicó una última mirada a la galleta, y suspiró, resignado.

--Hasta pronto, cariño --saludó a la adusta.

--Piérdete --le despidió la mejicana.

Nuevo suspiro, nuevo desplazamiento de la papada, y los 120 kilos se pusieron en marcha hacia la puerta. Antes de salir, Andy inclinó levemente la cabeza en nuestra dirección.

--Señores...

Contestamos con un vaivén de cabeza. Rascal, más expresivo, agitó una mano sudorosa en el aire, salpicando gotitas.

Oímos el ruido de las pisadas de Andy, castigando la madera del porche. Luego, el de la portezuela del coche al cerrarse de golpe. Nos habíamos quedado solos los cuatro: la bella, la bestia y nosotros dos. La bella era la galleta.

Rascal y yo intercambiamos una mirada. Era el momento. Andy se había ido y las cervezas se habían consumido.

--¿Pagamos, jefe?

--Sólo por esta vez.

Carraspeé para atraer la atención de "La Fujiyama".

Se volvió hacia mí, gallina de moño erizado.

--¿Cuánto?

Me dijo el importe y eché mano al bolsillo interior de la americana, pero en vez de sacar la cartera, extraje el Colt 45 que siempre llevo conmigo en la pistolera por si las moscas.

El moño se puso de punta.

Es hora de decir que no estábamos allí por un casual, ni para matar el apetito, como el gordo, sino para matar a "La Fujiyama". Se comprende que una mujer como aquélla había dejado más de una herida a su paso. Y alguien, cuyo nombre no pienso revelar por aquello del secreto profesional, nos había encargado quitarla de en medio.

Así que yo iba a disparar cuando... cuando el porche volvió a crujir. Y por el modo en que se puso a hacerlo, sólo podía ser la mole del sheriff.

Yo no tenía nada contra el gordo. Uno de esos tipos que te caen bien, si no te caen encima. ¡Jodido Andy! ¿Qué mierda se le había perdido ahora en el saloon?

Y mientras los pasos se acercaban, machacando la madera, me imaginé lo ocurrido.

Andy derritiéndose en el interior del coche, Andy en una sauna. Andy bajo el sol tropical, sudando la gota gorda. Me parece verlo pensando en "La Fujiyama", en el codiciado moño que no se dejaba tocar. El moño tirando de él. ¿La ronda, con este sol de justicia? Y me imagino a Andy yendo más allá del moño, mucho más allá del moño, me imagino a Andy pensando en la galleta. En la galleta desamparada, escurridiza y veleta que había burlado su acoso y yacía impunemente sobre el mostrador.

La galleta esperándole con los brazos abiertos. Al fin y al cabo había pagado por ella, ¿no? Era suya, le pertenecía con todas las de la ley.

Sí, me parece ver a Andy pasándose la lengua por los labios resecos, pensando en la galleta, su galleta, allí sola, sobre el mostrador, a expensas del primer espabilado.

Eso fue lo que le impulsó a desandar el camino. La galleta.

Los pasos se detuvieron ante los batientes del saloon.

Me imagino a Andy dudando por un momento. ¿Entro o no entro? La promesa de la sombra, la irascible "Fujiyama" derrochando desdén. ¿Entro o no entro?

Y la galleta, su galleta, a merced del primer venido. Y me imagino que en la cabeza de Andy la galleta fue aumentando de tamaño, más, cada vez más grande, acaparando el primer plano. La galleta desplazando al sol, al sexo, al pueblo. Hasta que la galleta y Andy se quedaron a solas en el mundo, hechos el uno para el otro.

Y eso disipó sus últimas dudas.

Andy dio el paso decisivo. Sólo fue un paso, pero fue bastante, porque fue el último. Un paso hacia el saloon, hacia el moño, hacia la galleta, hacia la pistola, hacia el final.

FIN